



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 23.

JUEVES 14 DE AGOSTO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripción.

Tom. I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 24 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

DE LAS PASIONES: La Pereza, por Pedro Felipe Monlau.—ROSA Y MARIA (Continuacion).—HISTORIA NATURAL: Los vencejos y las golondrinas (Continuacion).—ROMA MODERNA.—LA CIUDAD DE LONDRES.—LA AMERICA.—CANTARES, por Augusto Ferrán.—EL ACUEDUCTO DE TARRAGONA.—BIBLIOGRAFIA.

DE LAS PASIONES.

LA PEREZA.

La pereza es la mala direccion de la necesidad de ejercicio, es la exageracion de la necesidad de descanso; es la infraccion de la ley indeclinable del trabajo. Todos los animales sociales, como los castores, las abejas, las hormigas, etc., son razas laboriosas: la raza humana, que es la mas sociable de todas, debe ser tambien la mas laboriosa. Sin trabajo no hay nada que fructifique; la riqueza no es mas que el trabajo acumulado; y la naturaleza hizo al hombre rey del universo, bajo la espresa condicion de trabajar.

La pereza es contraria á la religion, á las leyes, á la moral, al orden público, y tambien á la salud del individuo. ¿Qué diferencia entre un pais laborioso y otro desidioso? ¿Qué diferencia en el apetito, el sueño y el bienestar de los hombres activos y laboriosos, y el de los haraganes y poltrones *qui in otio senescunt*? La pobreza es compañera de la pereza, dice el libro de los proverbios; y el bien estar es el fruto de la actividad.

A pesar de estas tan óbvias consideraciones, en todos los paises hay perezosos, vagos, holgazanes, etc. En Francia, desde 1825 á 1839, fueron detenidos 45,056 individuos por vagancia, y 22,662 por mendicidad, la cual no es mas que una de las formas de la vagancia.—No hay para qué enumerar los deplorables efectos del vicio de la pereza: el hombre desidioso se

corrompe como el agua encharcada; y la sociedad encuentra en sus estadísticas que la holgazanería conduce al crimen á $\frac{1}{6}$ del número total de los procesados. La pereza lleva no pocas veces al cadalso: testigo, entre otros mil, el harto famoso Lacenaire.

La holgazanería, como todos los vicios ó las pasiones, es contemporánea del hombre. De ahí que en todos tiempos se han sentido los efectos de aquel vicio, y se ha tratado de corregirlos.—Xenofonte dice que entre los persas pasaba por cosa fea el escupir ó el sonarse mucho, creyendo (como así lo enseña la fisiología) que la abundancia de mucosidades ó humores esccrementicios suponía falta de sobriedad ó falta de ejercicio.—Ciro no dejaba comer á los soldados si antes no sudaban: y dicho monarca les daba el ejemplo.—En Egipto, dió el rey Amasis una ley que obligaba á los habitantes á dar cuenta del trato y oficio en que vivían; y el que no lo hacia, y no procuraba ocuparse honradamente, era condenado á la pena capital.—Dracon mandó en sus leyes que al convencido de ocioso le matasen por justicia. Plutarco dice que Solon revocó esta ley draconiana, pero dispuso que los hijos no estuviesen obligados á mantener á sus padres, si estos no les habian hecho aprender oficio.—*El que no da oficio á su hijo, le enseña á ser ladrón*, dice un proverbio turco.—En Atenas, como en Egipto, cada ciudadano debía dar anualmente razon del cómo y de qué vivía.—Cuéntase que los galos tenían un cinturon de cierta forma y medida, y castigaban al que no cabía dentro del cinturon, por parecerles que quien engruesaba mucho necesariamente debía ser dado á la ociosidad.—En Roma, los vagamundos eran objeto de una vigilancia especial por parte de los censores, y no pocas veces se impusieron castigos al que tenía mal barbechadas ó por labrar las heredades, viñas ó huertas. Hubo una época en que los mendigos ociosos, sanos ó válidos y extranjeros, eran espulsados del imperio; los naturales eran obligados á trabajar. Esto se entendía cuando eran cogidos por

los oficiales de justicia; pues cuando los vagamundos eran denunciados por un particular, y esclavos, quedaban propiedad del denunciador y los perdía su amo; y si eran de condicion libre, pasaban á esclavos del mismo denunciador.

En las naciones modernas se nota tambien bastante severidad.—Una ley francesa del 18 pluvioso del año ix disponía que de los delitos cometidos por los vagamundos entendiera un tribunal especial; y el código penal de 1810 estableció que *la vagancia es un delito* (artículo 269). Este principio es cuestionable, segun muchos jurisperitos; pero hasta los mas escrupulosos deberán convenir al menos en que *la vagancia es una presuncion de delito*. Un ocioso es un *méchant commencement*, como dice agudamente Servan.—En España nunca han faltado vagos, ociosos y mal entretenidos: los españoles tenemos merecida fama de sobrios, pero en cuanto á indolencia, ó pereza, nos hallamos en general harto tachables. «Grande daño viene á los nuestros reinos (decian ya 500 años atrás nuestros monarcas), por ser en ellos consentidos y gobernados muchos vagamundos y holgazanes, que podrian trabajar y vivir de su afán, y no lo hacen; los cuales no tan solamente viven del sudor de otros, sin lo trabajar y merecer, mas aun dan mal ejemplo á otros, que los ven hacer aquella vida, por lo cual dejan de trabajar, y tórnanse á la vida dellos; y por esto no se pueden hallar ladrones, y fincan muchas heredades por labrar, y viénense á ermar. Por ende», etc. Merecen ser leídas y meditadas las leyes del título 31, libro xii, de la Novísima Recopilacion, que tratan de los vagos y modo de proceder á su recogimiento y destino. Una ley moderna (sancionada el 9 de mayo de 1845) ha venido á recordarnos que la vagancia es todavía una llaga social no curada; y la última *Estadística criminal* publicada nos da todavía 654 procesados durante el año 1860, por los delitos de vagancia y mendicidad, prevenidos en el libro 2.º, título 6.º del código penal.

La ociosidad (según ya vulgarmente se dice) es madre de todos los vicios. Pero tan funesta maternidad es común á todas las pasiones, á todas las enfermedades sociales. La ociosidad el celibato, la prostitución, el pauperismo, el suicidio, la borrachez, el juego, etc., son anillos de una misma cadena; el un vicio engendra el otro; y los remedios del uno son los remedios de todos, porque en suma todos ellos no vienen á ser mas que síntomas de la dolencia llamada *corrupción social* ó de costumbres.

Así, pues, en las medidas preventivas y represivas de la pereza habitual ó immoderada, adoptaría la misma clasificación, y seguiría igual procedimiento, que en el ramo de beneficencia pública. A los vagos ó haraganes que no saben trabajar, les *enseñaría*; á los que no pueden por falta de ocupación, les *daria trabajo*; á los que no pueden por imposibilidad física ó moral, les *socorrería* durante su imposibilidad, y á los que no quieren trabajar, les *obligaría*. El sistema de beneficencia pública que se establezca debe ir, por consiguiente, muy enlazado con el de la represión de la vagancia.—Añadamos algunas otras indicaciones preventivas y correctivas.

El gran preservativo de las pasiones se hallará siempre en la buena educación. Con escuelas y gimnasios bien montados, la pasión de la pereza se hará muy rara en la infancia y en la juventud, edades que generalmente deciden del carácter y de las pasiones de la virilidad y de la vejez.

Todos los individuos válidos de una población *deben* ocuparse en algún trabajo honesto, y la autoridad está obligada á hacer cumplir aquel *deber social*, que es al propio tiempo un beneficio ó una ventaja para el mismo individuo. La ley del deber es siempre la ley de la utilidad. A los individuos, como á las sociedades, siempre les saldrá peor la cuenta obrando mal que obrando bien. Si esto lo comprendiese todo el mundo, *los pícaros se harían hombres de bien por picardía*, como dijo Franklin.

El sistema de premios y distinciones, que tanto debe recomendarse, se aplicará muy especialmente á la laboriosidad. En las escuelas, en los talleres, en las oficinas, en todas partes y en todos los ramos, deberían establecerse premios para los individuos que descuellan por laboriosos.

La policía de seguridad y de orden, no menos que la policía especialmente judicial, deberían denunciar á los haraganes y á los vagamundos, para que la autoridad los clasifique y los trate según la clase á que pertenezcan.—Sin publicidad y sin escándalo, podría muy bien tener lugar en nuestras poblaciones la aplicación de las leyes que hubo sobre el particular en Egipto y en Atenas.

—¿Puede la pereza pública ser fomentada por el excesivo número de *días festivos*?—don Diego de Saavedra, en sus *Empresas*, don Gerónimo Ustariz, en su *Teórica*, y don Pedro Fernandez Navarrete en su *Conservación de las monarquías*, se esforzaron en persuadir la conveniencia temporal de la minoración en el número de fiestas; algunos papas, concilios y prelados, rebajaron también dicho número, atendiendo al provecho espiritual, y nuestro Feijóo ha insistido empeñadamente en demostrar que la multitud de días festivos es perjudicial al interés de la república, y nada conveniente á la religión. Paréceme, empero, que en la actualidad no es excesivo el número de fiestas: entiendo, sin embargo, que podrían hallarse mejor repartidas. La necesidad de descanso es tan importante y atendible como la necesidad de ejercicio; y 70 ó 80 días de descanso, interpolados con 300 de trabajo, no son número desmedido. Lo que convendría es que en la estación calurosa hubiese mas descansos que en la estación de los frios; y lo que conviene es educar á los pueblos, para que sepan y puedan emplear los días de huelga en ejercicios gimnásticos y diversiones útiles y verdaderamente higiénicas.

Los cafés, las botillerías, los billares, las tabernas, etc., suelen ser en algunas partes madrigueras de perezosos. La vigilancia censoria de la autoridad debería ejercerse paternalmente sobre tales lugares, y se evitaría su viciosa frecuentación. Penetrado de este deber Carlos III, impuso, por bando publicado en Madrid el 16 de mayo de 1766, la pena de ser tratados por vagos á los que, *no teniendo aplicación, oficio ni servicio*, concurren con mucha frecuencia á aquellos lugares, ó paseasen todo el día, llenando las plazas y esquinas.

PEDRO FELIPE MONLAU.

ROSA Y MARÍA.

VI.

Los presentimientos de María salieron bastante ciertos, la residencia de Alfredo en París fue un manantial de inquietud para ella. Alfredo poseía una gran fortuna, y como su madre había vivido muy económicamente en su provincia, tenían un gran capital y le gastaban alegremente. Una vez á la semana Mad. de Chatouville recibía en su casa y daba un magnífico baile; además había los bailes llamados así estrictamente, que se diferenciaban de la noche de sociedad en que había en ellos mas concurrencia y eran menos agradables. En estas funciones no se presentaba María. Durante su permanencia en la provincia habían vivido en la mayor intimidad, pero en París el orgullo de María, ó tal vez para hablar con mas propiedad, su buen tacto natural, no la permitía presentarse del mismo modo á los amigos de Mad. de Chatouville. Tanto Alfredo como su madre la habían pedido muchas veces que se presentara en la reunión alguna noche pero ella lo había reusado siempre. Una noche que había un gran baile Alfredo advirtió que María estaba mas triste que de costumbre.

—Estais triste esta noche, María, la dijo, mientras nosotros nos divertimos, ¿por qué no os reunís á nosotros?

—Vos os divertís Alfredo, y yo conozco que no soy necesaria para vuestra felicidad.

—Pero vos me contentaríais mucho mas si quisiérais estar con nosotros, replicó.

—Entonces yo estaria mas triste aun, contestó María, yo no podría soportar el veros bailar y hacer cumplidos á las mujeres que hay en el salón.

—Pero ¿qué mujeres quieres decir, querida mía? repuso Alfredo.

—En el salón hay muchas, yo no sé á cual os dirigireis; á todas las aborrezco.

Estas escenas ocurrieron varias veces; generalmente terminaban por mutuas protestas de amor, pero Alfredo al fin llegó á fatigarse de ellas. María le perseguía, por decirlo así, con su amor y sus celos, por lo cual no sintió que terminara la estación de invierno y que Mad. de Chatouville propusiera el volver á su casa de provincia.

—No iremos hasta Bretaña, dijo Mad. de Chatouville, iremos á nuestra hacienda de Brie.

—Bien, repuso Alfredo, y luego añadió, eso será mucho mejor. ¿No os gustará volver á ver el país señorita? la dijo á María hallándose presente Mad. de Chatouville.

—Me agrada en efecto, contestó María y decía la verdad.

Pero lo mismo sucedía en provincia; la escena había cambiado, pero no las ideas de María. Toda persona celosa hallará siempre un pretexto para sus celos; en dos ocasiones en que varias señoras permanecieron por algunos días con Mad. de Chatouville, María le hizo conocer á Alfredo que podía ser maliciosa y tiránica. Si el amor es ciego, los argumentos de los celos son sin fundamento la mayor parte de las veces y unos celos vehementes y continuados deben al fin secar la fuente del amor.

Alfredo empezaba ahora á ausentarse del castillo todo lo que podía; iba á paseo á caballo por la hacienda, cazaba, pescaba ó se sen-

taba sobre la yerba, hacia cualquier cosa por tal de que no le diera quejas aquella María, á quien tanto había amado en otro tiempo. A veces iba á caballo á ver á Berard para quien esta visita de Mad. de Chatouville á sus bienes de Brie, había sido una verdadera fiesta. En estas ocasiones jamás dejaba Berard de preguntar por el «Vendeano», que era como llamaba á María; Alfredo le decía que un día ú otro le haría al fin una visita; pero este día no venía jamás.

Alfredo veía á María cuando era imposible evitarla pero únicamente entonces; hubiera hecho cualquier cosa por huir de estar reunido tanto tiempo con María como hubiera sido necesario para hacer una visita á Berard.

Mad. de Chatouville no se hallaba bien de salud y Alfredo declaró que sería sumamente censurable que María saliera sola con él. Los síntomas del mal de Mad. de Chatouville llegaron á ser tan alarmantes que Alfredo pensó en volver á París para que la vieran los mejores médicos. Fueron allí en efecto; pero la enfermedad no pareció ser de un carácter muy peligroso, y en menos de una semana volvió á estar en estado de salir, declarando los médicos que se hallaba convaleciente.

Pocas semanas despues Mad. de Chatouville advirtió que su hijo parecía enfermo y creyó que le convenia volver al campo por otro mes; Alfredo estaba algo demacrado pero no enfermo; sin embargo, se aprovechó con placer de este pretexto para librarse de las cadenas de María y dispuso con su madre el volver un mes á Brie.

Entonces hubo una escena casi trágica entre los amantes, porque despues de todo, Alfredo amaba aun á María. Reconvenciones, desesperación, tristeza, protestas de cariño eterno, en una palabra, el duo que se canta siempre entre los amantes y que probablemente se cantará hasta el fin de los tiempos.

María miraba cómo rodaba el carruaje por el patio y tuvo los ojos fijos en él hasta que le perdió de vista; entonces cerró la puerta de su cuarto, se echó sobre su lecho y estuvo llorando hasta que fue de noche.

Alfredo había encendido un cigarro y se decía á sí mismo: ¡pobre María! siento dejarla, pero al fin la libertad es una bendición. Luego encargó al cochero que avivara á los caballos, porque tenía ganas de acabar el viaje lo mas pronto posible.

Al día siguiente se despertó temprano y despues de almorzar se fué á ver al anciano Berard. Se acordó que no había escrito á María, aunque la había prometido hacerlo cada mañana; hizo un nudo en su pañuelo y escribió en su libro de memoria «tengo que escribir esta tarde á María;» esto era para acordarse de hacerlo, lo cual probaba que María no ocupaba mucho su imaginación.

Alfredo había andado muy poco aun cuando encontró á Berard, que al verle sintió tanta sorpresa como alegría.

Nada le hubiera causado tanto placer como que Alfredo hubiese almorzado con él; este lo había hecho ya, pero á los ojos de Berard no había obstáculo alguno en ello; el ejercicio podía haber aumentado su apetito. Tal vez el mismo Alfredo consideró que era despreciar á Berard el rehusarlo; por lo tanto lo aceptó, y se encaminaron juntos á la quinta. Apenas habían entrado en una pequeña calle que conducía rectamente á la casa, cuando Alfredo creyó oír los sonidos de un piano; luego una voz clara y fresca comenzó una de las mas bellas melodías de Piccini de un modo tal, que Alfredo creía no haberla oído nunca tan bien cantada.

—¡Qué voz tan agradable! exclamó quedándose parado delante de la casa, ¡y con qué expresión canta! ¿Quién será?

—No es ningún misterio, dijo Berard con una sonrisa, es Rosa mi hija única.

—¡Vuestra hija Rosa! repitió Alfredo con asombro.

—Sí, dijo Berard, ha estado en un colegio durante los últimos cinco años; pero como ahora tiene ya cerca de diez y siete, y yo creo que

sabe tanto como sus maestros, la he traído á casa; vino ayer.

Alfredo se hallaba escuchando aun el canto de Rosa.

—Entremos, dijo Berard, si sois aficionado á música; Rosa es una muchacha excelente que nos estará cantando hasta mañana.

Y entraron en la casa.

VII.

—Rosa, aquí está Mr. Alfredo de Chatouville, de quien me habeis oído hablar tantas veces, dijo Berard al tiempo de entrar.

—Perdonad que os interrumpamos en vuestra música, replicó Alfredo, pero mi amigo Berard me dijo que le siguiera.

El rostro del anciano labrador se puso radiante de alegría, tanto porque Alfredo le había llamado amigo suyo, como porque este había reconocido la habilidad de su hija.

Alfredo quedó asombrado al ver la gracia y elegancia aun mas que la belleza de Rosa, sin embargo de que esta era notable; pero la belleza es una planta que crece en todos los terrenos, exceptuando tal vez el demasiado pobre, al paso que la gracia y la elegancia no pueden obtenerse mas que por el cultivo. Cuán poco se acordaba ahora de lo que había dicho una vez á María, que no encontraría jamás una mujer cuyos encantos pudieran compararse á los suyos.

Rosa era una jóven cuyos atractivos eran bien distintos de los de María, y sin embargo Alfredo que había dicho que solo la belleza de María podía causarle impresion, se había enamorado ya de Rosa la primera vez que la veía.

María tenía los cabellos negros, Rosa era rubia, María era alta, y á pesar de lo delicado de su organizacion, tenía cierta fuerza nerviosa; Rosa era baja pero no le parecia por ser de proporciones perfectas. María era cariñosa, muy cariñosa con Alfredo, pero sus caricias eran las de un tigre amansado por el amor; Rosa era inocente y dulce como una paloma; tenía ojos azules, cutis trasparente y un aire infantil.

Apenas podía persuadirse Alfredo de que aquella delicada jóven que estaba viendo fuese la hija de Berard el labrador, y cuando empezó á hablar con ella la dulzura de su voz y la sencillez encantadora de sus maneras, le causaron mas impresion aun que su exterior.

—Cantadnos algo, Rosa, dijo su padre; estoy seguro de que Mr. Alfredo se alegrará de veras, porque estaba diciendo que teniais una hermosa voz.

—Padre mio, dijo la jóven con una sonrisa, ¿cómo podeis figuraros que Mr. de Chatouville se complazca en oirme, cuando sin duda alguna estará acostumbrado á oír á los mejores cantantes de París?

Alfredo pudo haber contestado que se complacia hasta con su conversacion, porque cada acento de su voz le llegaba al corazon, pero se contentó con decir que aunque á riesgo de parecer importuno la rogaba que accediera á la súplica de su padre.

—Si mi padre desea realmente oirme cantar no me haré de rogar, dijo Rosa, y sentándose al piano, comenzó uno de sus cantos favoritos.

Alfredo estaba muy satisfecho viendo cómo había accedido Rosa á los deseos de su padre. Creía, se decía Alfredo á sí mismo, creía por lo angelical de su rostro que sería una buena muchacha, pero ahora me he convencido de ello.

Rosa concluyó su cancion y cuando Alfredo la hizo algunos cumplidos sobre la ejecucion que tenía, ella no trató por una falsa modestia de ocultar el placer que experimentaba al recibir sus elogios.

—Estaria muy contenta, señor, le dijo si lo que decís de mí voz fuese cierto, porque me gusta la música extraordinariamente.

Durante el almuerzo Alfredo habló con Rosa de varias cosas, pero principalmente de su vida en el colegio, donde ella había pasado algunos años felices, y donde se había aprovechado de

la excelente instruccion que la dieron. Cuando Alfredo se volvía á su casa, iba tratando de recordar todas las palabras que Rosa había pronunciado, y su imaginacion completaba lo que la observacion había comenzado; pensaba en las mil cualidades buenas que realmente tenía, y en la plenitud de su corazon la dotaba de otras muchas que tal vez no poseería.

A la mañana siguiente cuando despertó halló sobre su mesa una carta de María á la cual no había escrito ni una línea. Su conciencia le acusaba; se puso á escribirla y llenó varias páginas espresando un afecto que no sentía. Cuando hubo despachado su carta, se sintió aliviado y se encaminó á casa de Berard, pero se le ocurrió que podría chocar el que fuera dos días seguidos; por último le pareció que no sería tan chocante si difería su visita hasta la tarde.

Por la tarde hubo nuevas sensaciones para él; el día anterior Rosa llevaba un vestido ligero de mañana, pero ahora tenía puesto uno de seda y Alfredo pudo admirar su hermosura. Rosa cantaba, hablaba, reía y le mostraba sus libros favoritos. El se hallaba arrebatado con su voz, su conversacion, su sonrisa y con su música. Rosa era muy aficionada á la lectura, pero tenía muy pocos libros; esta era la única cosa por la que sentía estar en el campo.

Alfredo resolvió enviar á París por trescientos ó cuatrocientos volúmenes, y entre tanto la ofreció remitirla al día siguiente cualesquiera que pudiera hallar en el castillo, cuya oferta fue aceptada con alegría, y escusado es decir si sería cumplida por Alfredo.

María estaba entre tanto muy lejos de sentir lo triste de su situacion. Había recibido por fin la carta de Alfredo y la había leído con delicia; pero Alfredo se vería obligado á contestar en el mismo tono á lo que ella le escribiera y no podía escribirle la verdad, porque la verdad es á veces tan terrible como brutal el decirla, y no podía manifestar á María que ya no la amaba.

Después de enviarla los libros del castillo, Alfredo visitó á Rosa al día siguiente para preguntarle si la habían gustado; á la otra tarde para decirla que esperaba los libros de París, y á la otra para hacerla saber que los libros de París no habían venido. Por fin llegaron los libros, y de vez en cuando Alfredo llevaba uno ó dos volúmenes á Rosa, hasta que por último el padre y la hija se acostumbraron de tal modo á verle, que la tarde que no iba estaban tristes.

Entre tanto el anciano Berard había notado la afición de Alfredo á su hija, pero tenía confianza en ambos; le parecía muy natural que Alfredo encontrara placer en la compañía de Rosa porque ¿quién había mas agradable que Rosa? Encontraba tan natural el que Rosa se complaciera en la sociedad de Alfredo como que este gozase con la de su hija. Conocía á Alfredo desde que había nacido y le había sacado de Nantes aquella noche terrible en que los vendeños atacaron la ciudad; era imposible que el comportamiento de Alfredo para con su hija fuese malo, Berard no podía de modo alguno sospechar de él.

Alfredo había resuelto á pesar de todos los obstáculos casarse con la hija de Berard. Un día Rosa había estado en una boda donde había sido acompañante de la novia.

—Y á vos Rosa, ¿no piensa vuestro padre en casaros? le dijo Alfredo.

—Jamás, replicó Rosa temblando, pero ¿por qué me haceis tal pregunta? ¿qué puede mi padre haberos dicho?

Alfredo la cogió la mano, que temblaba en la suya como si fuera un pájaro.

—Vuestro padre no me ha dicho nada, Rosa, continuó; pero si yo fuera á citarle á alguno á quien vos tal vez no rehusarais...

—Le rehuso, le rehuso, dijo Rosa.

—Pero ¿por qué si es digno de vos? ¿si es de buena posicion y os ama? —¡Oh Rosa! ¿no podré yo decir que os amo?

Y al pronunciar estas palabras Alfredo echó el brazo alrededor de la cintura de la jóven y la atrajo hácia sí.

Rosa se sonrojó y después se puso pálida;

luego fijando en él sus ojos aun llenos de lágrimas le dijo:—¿Vos no sereis tan malo que os burleis de mí?

—No, mi querida Rosa exclamó Alfredo estrechándola contra su pecho; yo hablo de mí mismo, y de mí mismo es de quien debo hablar á vuestro padre. Decidme de una vez, Rosa, que debo hacerlo así.

Durante algunos segundos las lágrimas impidieron á Rosa contestar, pero sus miradas fueron una respuesta suficiente; luego de pronto un pensamiento fatal la hizo levantar tristemente sus ojos hácia el cielo y dijo:—Alfredo no hay felicidad para nosotros; si mi padre lo supiese ú oyera una sola palabra, nos separaría para siempre.

Era cierto que Berard no hubiera consentido el casamiento para que no se sospechara que había alentado á Alfredo en sus visitas á su casa con el objeto de que hiciese una boda indigna de su posicion y de su nombre. Así pues los amantes, después de un millon de protestas de eterno amor resolvieron guardar oculto su secreto, hasta que Alfredo hubiese persuadido á Mad. de Chatouville que diera su consentimiento, y él sabía que su madre le amaba demasiado para persistir en una negativa si se convencía de que su felicidad dependía de este paso.

VIII.

Alfredo no temía á su madre y mucho menos al anciano Berard, después que su madre hubo dado su consentimiento, pero temía la cólera de María. «¿Cómo se lo he de decir?» pensaba en su interior conforme volvía hácia el castillo, porque sabía su temperamento y decision, pero ignoraba á qué extremos podía conducirla su desesperacion. Entró en su casa y la primera persona á quien vió fue á María.

Alfredo tembló como aterrado, aunque no tuviera en la realidad nada de terrible la aparicion que se presentaba á su vista. María había recibido su segunda carta y estaba llena de placer por su contenido.

—¡Por fin! exclamó volviéndose hácia Alfredo y echándole los brazos al cuello, creí que no os volvería á ver mas.

Alfredo tartamudeó algunas palabras para espresar alegría, manifestando su admiracion de que María hubiera salido de París.

—Vuestra madre esta mala, muy mala en verdad, dijo María con tristeza.

—¡Mala! exclamó Alfredo; me alarmais; cuando me escribió hace dos ó tres días me decía que su salud era muy buena.

—Su salud no ha sido buena desde hace algun tiempo, replicó María. Mad. de Chateauville se figuraba no estar tan enferma como estaba en realidad. Los médicos están muy alarmados.

—¿Y no se le ocurría á nadie enviarme un propio? dijo Alfredo en tono de reconvencion.

—Vuestra madre no quería que se hablara de tal cosa, contestó María. Aun ahora cree que yo he salido de París únicamente para visitar á algunas personas de mi familia; os hablo así porque sé qué pesadumbre sería para vos si no os enteráseis de su verdadero estado hasta que fuese demasiado tarde.

—Mi querida María, dijo Alfredo, que no pensaba mas que en su madre en aquel momento, os doy gracias con todo mi corazon. Y estrechó su mano tiernamente como si su corazon latiese del mismo modo que durante el primer período de su amor, pero se limitó á esta señal de amistad.

Alfredo no perdió tiempo en preparar caballos de posta, pero entre tanto no tenía ni una palabra afectuosa para María, y apenas parecía desear su presencia. María estaba mortificada por esta indiferencia, pero trataba de atribuirlo al cuidado de Alfredo por su madre; se acordaba de la última carta que había recibido de él y no podía persuadirse de que no la amara ya.

Es verdad que la preocupacion de Alfredo era debida en su mayor parte á la enfermedad de su madre, pero pensaba al mismo tiempo



Vista de un bosque en la América del Norte.

el efecto que produciría en el ánimo de Rosa su partida precipitada. Después que se hubo asegurado que los caballos no estarían dispuestos hasta las ocho (eran entonces las seis) se dirigió á la quinta de Berard para decir adiós á su novia y asegurarla por centésima vez que su cariño no sufriría alteración.

María le siguió; había dejado el castillo con tanta alegría que sus sospechas se suscitaron de nuevo; «ahora no piensa en su madre», se decía: «ahora piensa en mí.» Al principio iba á llamarle para preguntarle á donde se dirigía pero después de un momento de reflexión resolvió adoptar un medio menos franco aunque mas seguro de obtener su objeto. Esperó hasta que Alfredo hubiese avanzado algo y entonces echó á andar detrás de él teniendo cuidado de dejar algun matorral ó alguna vuelta del camino entre ambos. Estas precauciones eran sin embargo innecesarias porque Alfredo estaba tan deseoso de llegar á la quinta, que no solo no volvió la cabeza para mirar atrás sino que por el contrario apretó el paso todo lo posible. De pronto María le vió entrar en la pequeña calle que conducía á la casa de Berard.

¡Qué injusta soy! exclamó: ha ido puramente á decir adiós al anciano Berard.

Contenta con haber hecho este descubrimiento é incapaz de contener su alegría iba á correr hácia Alfredo, que aun no había llegado á la casa, cuando le oyó gritar: ¡Rosa, Rosa, baja!

—Voy al momento Alfredo, contestó una voz.

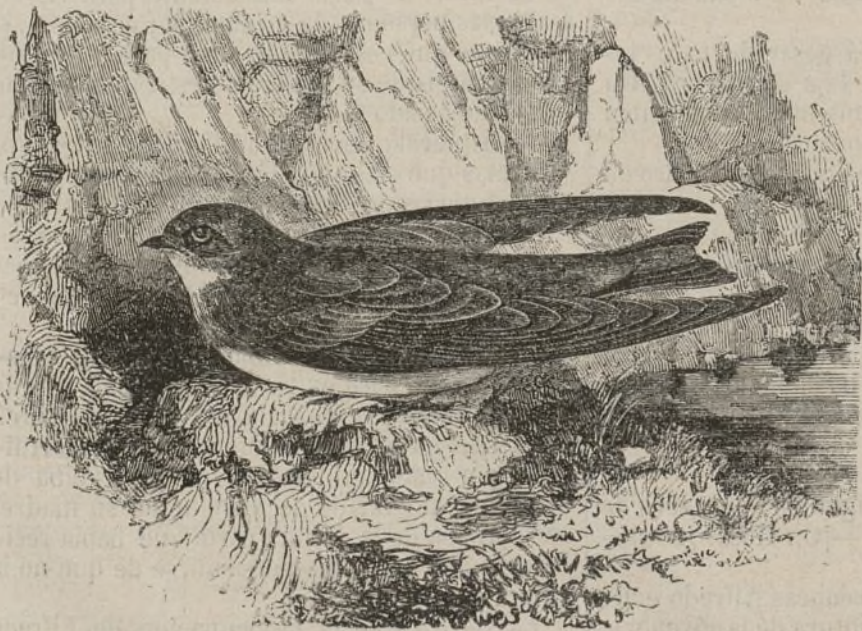
María lanzó un grito y cayó al suelo. Este grito de desesperación no fue oído por los amantes y pocos momentos después María se levantó sin ser vista de nadie y volvió al castillo con el corazón despedazado, pero meditando el plan de su venganza. Primero quería preguntar al perdido Alfredo para ver si él trataría de engañarla; en todo caso estaba determinada á castigarle y á hacer sentir á su rival algo del tormento que estaba sufriendo ella ahora.

El tiempo de marchar Alfredo se acercaba y sin embargo aquel no venía. No quiere dejarla hasta el último momento, decía con amargura en su interior conforme iba caminando hácia el castillo, pensando preguntar á la mujer del portero respecto á la vida que había hecho Alfredo en las seis semanas últimas. Hubiera sido

imposible hallar nadie mas dispuesto á dar los informes deseados; no había dificultad para suscitar la conversacion; la buena mujer la sacó por sí misma.

Mr. Alfredo debe haberse detenido; ¿está en el campo? Debe haberse divertido hoy; ¿cómo? esto debieran preguntárselo á Mr. Berard; pobre hombre ó mas bien hombre bajo, porque debe saber que no es por él por quien Mr. de Chatouville va diariamente á su casa y aun dos veces al día y vuelve á todas horas. Este es el resultado de enviar muchachas campesinas á las escuelas elegantes de París; allí aprenden mucho ciertamente, no hay duda alguna, pero respecto á si la hija de un hombre honrado está mejor sin tales lecciones, es ya otra cuestión. ¡Pobre Rosa! después de todo, no hay por qué tonerla lástima, pero es tan joven y al mismo tiempo está ya perdida! Antes, una muchacha tal, hubiera sido ecuada del pueblo y apedreada.

El soplo de la vieja murmuradora empañó la reputación de una joven pura. Para María que no le interesaba nada la reputación de Rosa sino en lo que concernía al amor de Alfredo



Historia natural.—Los vencejos y las golondrinas.

cada palabra era una herida, pero siguió escuchándola hasta que su infiel amante apareció; la mujer del portero le abrió entonces y le dejó entrar; María se unió á él y ambos fueron juntos por la calle de árboles que conducía al castillo.

A pesar de toda su determinación María no tenía valor para decirle á Alfredo que había descubierto su perfidia. Aun con la evidencia

que tenía trataba de persuadirse á sí misma de que se había equivocado y que tal vez Alfredo no había hecho más que formar alguna relación pasajera con Rosa, solamente porque durante las seis semanas últimas no había oído á nadie hablar de ella. Sabía que la portera era una vieja habladora, y por lo tanto más ó menos calumniadora. Entre otras cosas había dicho que Berard tenía parte en la desgracia de su

hija, lo cual era imposible que fuese cierto porque Berard era la verdadera encarnación del honor; pero si la vieja charlatana había sospechado del padre, ¿por qué había de perdonar á la hija? ¿La acusación entera no podía también ser infundada? Mas ah! ella misma había oído á Alfredo llamar á Rosa con tono de cariño y á Rosa contestarle del mismo modo.

(Se continuará.)



Fuente de Sant Angelo en Roma.

HISTORIA NATURAL.

LOS VENCEJOS Y LAS GOLONDRINAS.

(CONTINUACION.)

Las golondrinas tienen mucha semejanza con los papavientos; los dos tienen anchos el pico y gáznate, pies cortos y largas alas, cabeza aplanada, y casi nada de cuello; los dos viven igualmente de insectos, que cogen volando. Sin embargo, no tienen las golondrinas bigotes ni dentellada la uña del dedo medio, y su cola tiene dos pennas más, siendo ahorquillada en la mayor parte de las especies. Decimos la mayor parte, porque se conocen golondrinas de cola cuadrada, las de la Martinica, por ejemplo; no pudiendo concebir como, habiendo un célebre ornitólogo establecido la cola ahorquillada como diferencia caracterís-

tica entre las golondrinas y papavientos, pudo después faltar á su método en términos de tomar por golondrina á esta ave de la Martinica, que según su sistema, debía mirarse como verdadero papavientos. Esto aparte, mirando aquí principalmente las diferencias más notables que se encuentran entre estos dos géneros, observase á primera vista que en general las golondrinas son mucho menores que los papavientos. La mayor de ellas no excederá al más pequeño de estos, y el más grande de estos será dos ó tres veces mayor que ella.

Obsérvese en segundo lugar que, a pesar de ser casi iguales sus colores, reduciéndose á negro, pardo, gris, blanco y rojo, es sin embargo su plumaje del todo diverso, no solo por estar distribuidos los colores de la golondrina en mayores masas, sin tanta confusión y más limpiamente cortados, sino que también

por sus visos, que brillan y desaparecen de golpe á cada movimiento del ojo ó del objeto.

Aunque se alimenten igualmente ambos géneros de insectos alados que cogen al vuelo, tiene no obstante cada cual su modo de cazarlos, modo bastante diverso en los dos. Aquellos, van en su busca abriendo su ancho gáznate, encontrándose las mariposas que entraron en él como cogidas á una especie de saliva viscosa de que está empapado lo interior del pico; lo contrario de nuestras golondrinas y vencejos, que no abren el pico más que para coger el insecto, cerrándole después en un movimiento tan rápido que de ello resulta una especie de crujido. En esto encontraremos aun algunas diferencias entre las golondrinas y vencejos.

Las golondrinas son más sociales que los papavientos; reúnen muchas veces en núme-

rosas bandadas, y aun en algunas circuntancias parecen cumplir los deberes sociales, pres-tándose mútuo socorro cuando tratan; por ejemplo, de construir el nido.

La mayor parte lo construyen con gran cuidado; y si algunas especies ponen en los agujeros de las paredes ó en los que saben ellas hacer en el suelo, escogen sin embargo huecos bastante hondos para que se vean seguros sus polluelos al nacer, y traerles lo necesario á fin de mantenerlos á la vez calientes y con toda comodidad en blanda cama.

En dos puntos principales difiere su vuelo del papavientos. No va acompañado de aquel zumbido sordo de este, por no volar sin duda con el pico abierto. En segundo lugar, no obstante que no vemos en la golondrina alas mucho mas largas ni fuertes, ni por consiguiente mas hábiles para el movimiento, tiene con todo mas valiente vuelo, mas ligero y sostenido, por ser mucho mejor su vista, y darle esto suma ventaja para emplear toda la fuerza de sus alas. Por esto es el vuelo su estado natural, y casi necesario: come, bebe y bñase volando, y aun alguna vez da de comer á sus hijuelos mientras vuela. Puede que sea su vuelo menos rápido que el del halcon, pero es mas fácil y libre; precipitase aquel con violencia, y deslízase esta ligeramente por los aires. Siente esta que es el aire su dominio, y le recorre en toda su dimension y direcciones, como para gozarle en todas sus partes, y espresa el placer que en ello encuentra por sus pequeños gritos de alegría. Ya da la caza á los insectos revoloteantes siguiendo con agilidad flexible su oblicuo y tortuoso rastro, dejando el uno para correr al otro, y engullendo al paso un tercero; ya rozá livianamente la superficie de la tierra ó de las aguas para coger los que reunió la lluvia ó el fresco; ya tambien huye ella misma por lo flexible y ligero de sus movimientos de la impetuosidad de las aves de rapina. Dueña siempre de sí en lo mas raudó de su vuelo, muda de direccion en cualquier momento, y parece estar describiendo en el aire un móvil y fugitivo laberinto, cuyas sendas se cruzan, entrelazan, huyen y acercan, chocan, ruedan, suben y bajan, se pierden y aparecen otra vez para cruzarse y confundirse de mil maneras, y cuyo plan, harto complicado para presentarse á los ojos por el arte del diseño, puede apenas indicarse á la imaginacion por el pincel de la palabra.

Las golondrinas no parecen pertenecer mas á un continente que á otro, viéndose esparcidas casi en igual número sus especies por el antiguo que por el nuevo. Las nuestras se encuentran en Noruega y en el Japon, en las costas de Egipto y Guinea, y en el cabo de Buena-Esperanza. ¿Qué país será inaccesible á unas aves de tan feliz vuelo, y que viajan con tanta facilidad? Pero es raro verlas todo el año bajo el mismo clima. Las nuestras nos visitan en la estacion de las flores; empiezan á aparecer á eso del equinoccio de la primavera, y desaparecen poco despues del otoño. Aristóteles que escribia en la Grecia, y Plinio que le copiaba en Italia, dicen que las golondrinas van á pasar el invierno en climas mas dulces cuando estos no están muy lejos; pero si se encuentran á gran distancia de las regiones templadas, quédanse en el país nativo con sola la precaucion de ocultarse en la garganta de alguna montaña que mire al Mediodia. El primero añade haberse encontrado muchas que no estaban ocultas, y á las cuales no habia quedado una sola pluma en el cuerpo. Tal opinion, acreditada por grandes nombres y fundada en hechos, se habia popularizado tanto, que ya tomaron de ello los poetas objetos de comparacion: algunas observaciones modernas parecian tambien confirmarla; y si la cosa hubiese quedado en tal punto, bastaria limitarla para hacerla verosímil; pero un obispo de Upsal llamado Olao-Magno, y un jesuita llamado Kircher, encareciendo lo que Aristóteles habia ya harto generalmente producido, pretendieron que en los países septentrionales los pescadores cogian muchas veces en sus redes, junto con el pez,

grupos de golondrinas amontonadas, que estaban asidas unas de otras pico con pico, pie con pie, y alas con alas, que puestas en estufas se reanimaban pronto, pero para morir poco despues; y que solo conservaban la vida despues de su largo sueño las que, sintiendo á su tiempo la influencia de la primavera, animábanse insensiblemente, subian poco á poco desde el fondo del lago á la superficie del agua, volviéndolas por fin gradualmente la naturaleza misma á su verdadero elemento. Este hecho, ó mas bien tal asercion, ha sido repetida, her-moseada, cargada de circunstancias mas ó menos extraordinarias, y aun, cual si faltase allí lo maravilloso, háse añadido que á principio del otoño corrian ellas en bandadas á tirarse á los pozos y cisternas. No negaremos que un sin número de escritores y otros sugetos recomendables por su carácter ó estado han creido este fenómeno: el mismo Linneo juzgó deber darle una especie de sancion, apoyándole con toda la autoridad de su voto, aunque solo lo limitó á las golondrinas de ventana y chimenea, en lugar de referirlo únicamente á las de ribera, como parecia mas natural. Es por otra parte igualmente considerable el número de los naturalistas que no lo creen; de suerte que si se tratase solo de contar las opiniones, ya equilibrarian fácilmente el número de los que lo afirman, aunque sus pruebas son mas convincentes que las de los últimos. No ignoramos ser algunas veces indiscreto querer juzgar un hecho particular por lo que llamamos leyes generales de la naturaleza, que no siendo mas que un resultado de los hechos, no merecen su nombre sino en cuanto se conforman con todos ellos; pero estamos muy lejos de mirar como un hecho la mansion de las golondrinas bajo las aguas, fundandonos en estas razones.

El mayor número de los que atestiguan el hecho, principalmente Hevelio y Schæffer, encargados de su exámen por la Sociedad Real de Lóndres, no habian mas que de oidas y de una tradicion sospechosa á la que pudo dar márgen el dicho de Olao, ó que ya empezó á correr en su tiempo, y fue el principal fundamento de su opinion. Los mismos que se llaman testigos de vista, como Ettmuler, Walerio y algunos otros, no hacen mas que repetir las palabras de Olao, sin hacer propia la observacion por ninguno de los detalles que merecen la confianza y hacen probable el hecho.

Si fuese cierto que todas las golondrinas de un país habitado se hundiesen en el agua ó en el lodo cada año en el mes de octubre y saliesen en el mes de abril, frecuentemente hubieran podido observarse, ya en el momento de su immersion, ya en el mas interesante aun de su emersion, ya mientras su largo entorpecimiento bajo las aguas. Estos serian otros tantos hechos notorios, vistos y revistos por innumerables personas de toda edad, cazadores y pescadores, labradores y viajeros, pastores y marineros, etc., y de que ya no podria dudarse. En ninguna manera se duda que la marmota, el liron y los erizos duermen durante el invierno entorpecidos en sus agujeros; no se duda que los murciélagos pasan esta estacion rigurosa en la misma torpeza, pegados al techo de las grutas subterráneas, cubiertos con sus alas como con una capa; pero si se duda que vivan las golondrinas seis meses sin respirar, ó que respiren todo ese tiempo bajo las aguas, dúdase no solo por dar el hecho en maravilloso, sino tambien por no saberse una sola observacion, verdadera ó falsa, sobre la emersion de las golondrinas, á pesar de que, si fuese cierta, debería notarse con frecuencia en la estacion en que mas frecuentamos los estanques por su pesca; dúdase de ello, en fin, hasta en las orillas del mar Báltico. El doctor Halmann, ruso, y Mr. Browne noruego, encontrándose en Florencia, aseguraron á los autores de la *Ornitología italiana* que en sus países se dejaban ver y desaparecian las golondrinas casi al mismo tiempo que en Italia, siendo su entorpecimiento bajo las aguas durante el invierno una mera fabula que solo ha encontrado cabida en el vulgo. Klein, que ha

hecho tantos esfuerzos para dar crédito á su immersion y emersion, confiesa él mismo no haber sido nunca tan afortunado que las cogiese en el acto. Heriman, sabio profesor de Historia natural en Strasburgo, que parece inclinarse á la opinion de Klein, pero que busca en todo la verdad, confiesa lo mismo en sus cartas: deseaba ver, y no ha visto nada. Otros dos observadores dignos de confianza, Hebert y el vizconde de Querhoent, aseguran no saber la supuesta immersion mas que de oidas, sin que jamás hayan observado cosa alguna que pue a confirmarla. Es bien sabido que en Alemania se ofreció públicamente al que presentase golondrinas encontradas bajo el agua toda la plata que pesasen las mismas, y no se tuvo que pagar ni una.

Muchos sugetos literatos y hombres de Estado, que creian tan extraño fenómeno y pensaban hacerlo creer, prometieron muchas veces enviar grupos de esas golondrinas pescadas en invierno; pero aun se esperan. Klein produce certificaciones firmadas casi todas por una sola persona que habla á veces de oidas, á veces de un hecho único que acaeció largo tiempo antes ó cuando él era niño: certificaciones de las cuales aparece ser esas pescas de golondrinas unos casos rarísimos cuando debieran ser muy comunes; certificaciones desnudas de circunstancias instructivas y caracterizadas, que ordinariamente acompañan una relacion original; certificaciones en fin, que todas parecen copias del texto de Olao; pruebas que promueven la incertidumbre y refutan el error que impugnamos, siendo el caso de decir: es incierto el hecho, luego es falso.

(Se continuará.)

ROMA MODERNA.

Roma, célebre ciudad de Italia, capital de los Estados de la Iglesia y de todo el mundo cristiano, se estiende sobre las dos riberas del Tiber, al Norte de la antigua ciudad de Roma que formaba el Campo de Marte. Roma dista de París 327 leguas, de Nápoles 57, de Florencia 69 y de Venecia 87. Su poblacion es de 160,000 habitantes, contando 9,000 judíos que viven en un barrio especial. Hoy no se distinguen ya todas las colinas antiguas sobre las que se levantaba la poblacion primitiva de los romanos. Los escombros, las ruinas y las invasiones de los barbaros han cambiado el suelo de tan remotos tiempos, borrando su carácter antiguo. Entre los edificios modernos mas importantes debe mencionarse el Vaticano, palacio de los papas, célebre por sus frescos, debidos á Rafael, su museo y su biblioteca; la basílica de San Pedro, que se considera como el mejor templo del mundo; las iglesias de San Juan de Letran, Santa María la Mayor, San Pablo, San Lorenzo, San Carlos, San Ignacio, San Andrés; el palacio Monte-Cavalla, residencia de los papas durante el verano, á causa de las calenturas que desolan el barrio del Vaticano; los de los príncipes Colonna, Doria, Aldobrandi, Farnesio, Chigi, Corsini, Giustiniani, Rospighosi, etc., todos notables por sus colecciones artísticas; las villas Medici, Mattei, Negronne, Ludovisi, Albani, Borghese, Pamphili; el Capitolio, monumento celebre, resto de la grandeza romana, notable por sus colecciones de estatuas y de pinturas; el puente de Sant-Angelo, conocido por diversos episodios que en él han tenido lugar.

Roma encierra 328 iglesias, muchos colegios, entre ellos la *Sapienza* y el *Collegio Romano*, sociedades sabias, academias, como la de los Arcades y la de los Arqueólogos; hermosos hospitales, siete teatros, un monte de piedad, un banco, consulados, fábricas de gasas, cintas, rasos, terciopelos, telas, porcelana, flores artificiales, guantes, perfumería, cuerdas de instrumentos, rosarios, relicarios, etc. El aire es mal sano y á menudo funesto á los extranjeros, sobre todo durante el verano, pues el viento Sar ó *sirocco* es fatal á las personas, aun á las personas mas robustas.

Sin embargo, los alrededores de Roma tienen sitios admirables.

Capital del imperio romano hasta la fundación de Constantinopla en el año 330, fue desde esta época la residencia de los papas, que la gobernaron teniéndola bajo su protección. La historia de Roma desde aquella época hasta 1376 es la historia de las luchas entre las familias rivales de los Colonna y Orsini, y del efímero reinado de algunos tribunos del pueblo, entre los cuales Rienzi fue el más famoso. En 1376 Gregorio XI trasladó la silla pontificia desde Avignon a Roma, en donde ha permanecido después. Entrada y saqueada por los imperiales en 1527, obtuvo mejores tiempos en los pontificados de Paulo III y de Sixto V. Los franceses entraron en Roma en 1798 y establecieron una república que duró diez y ocho meses. Un decreto del 10 de junio de 1809 la agregó al imperio francés, y después la declaró centro del departamento del Tíber. La revolución de 1814 la restituyó al papa, que la gobierna, existiendo en ella desde algunos años a esta parte una guarnición francesa.

LA CIUDAD DE LONDRES.

Londres, en inglés *London*, capital de las Islas Británicas, no era más que una pobre aldea en tiempo de los romanos. Cuando Erkenwin fundó el reino de Essex en 526 fijó en Londres su residencia y después en tiempo de Alfredo ya fue la capital de toda la Inglaterra.

Hacia fines del décimo siglo, la ciudad de Londres sufrió grandes calamidades debidas a las incursiones de los daneses que repetidas veces llevaron a ella el incendio y la desolación; pero al cabo se restableció la paz con Guillermo el Conquistador, que fue coronado rey de Inglaterra, y que otorgó una carta que se halla vigente aun en nuestros días.

Reinando Eduardo I se dividió la ciudad en veinte y cuatro barrios, pero hasta el advenimiento de Enrique VIII no se hicieron mejoras importantes.

Londres sufrió después la horrible epidemia de 1665 que mató más de 100,000 personas, peste seguida de un incendio que duró cuatro días y que devoró más de 30,000 casas. Un monumento elevado en Fish street hill contiene en una inscripción todos los pormenores de este incendio cuyos perjuicios fueron valuados en 10 000,000 de libras esterlinas.

Desde aquella época Londres se fue ensanchando prodigiosamente, y puede decirse que entonces se construyó enteramente la ciudad que admiramos hoy, pues habiendo sido destruidos la mayor parte de los edificios que antes existían, se adoptó un nuevo plan para las construcciones, y Londres renació de sus cenizas grande y hermoso como no lo era antes.

Sobre todo en el último siglo, las casas y los edificios se elevaron con una rapidez maravillosa en una vasta extensión de terreno, y en el día Londres ofrece una superficie de 316 kilómetros cuadrados, con una circunferencia de más de 30 millas y una población de 2 800,000 habitantes, si bien debemos observar aquí que no hallándose rodeado de murallas, van también comprendidos en este número los de los arrabales. Por último, se cuentan en Londres y sus arrabales 367,943 casas.

La ciudad está dividida de este modo: en el centro la *City*, parte antigua de la ciudad donde reside todo el comercio; al Oeste *Westminster* y *West End*, barrio de la corte, de las oficinas, del Parlamento y de los jueces; al Este *East-End*, edificado en la última mitad del pasado siglo y consagrado principalmente al comercio marítimo; al Sur *Southwark* barrio de la marina como el precedente, y al Norte el barrio del Norte, enteramente moderno, y en el que se hallan comprendidas muchas aldeas.

Dos grandes líneas de calles juntan las estremidades Este y Oeste de Londres. La que se halla más inclinada al Sur sigue casi regularmente el curso del Tamesis. La longitud de las calles de Londres es verdaderamente extraordi-

naria: hay algunas, como Commercial road, que cuentan cerca de 5,000 metros de largas.

La *Cité* se halla administrada por sus propios magistrados, que consisten en el lord-corregidor, los aldermans y un crecido número de oficiales municipales. El poder del lord-corregidor es sumamente grande: es el único representante del rey en la *Cité*, y goza de mil privilegios y prerogativas que le han sido acordados en diferentes épocas, y que hasta hoy siempre se han conservado intactos: su elección se verifica todos los años el 29 de setiembre, el día de San Miguel. Las corporaciones ó gremios de la *Cité* que se reúnen para esta ceremonia en el Ayuntamiento, designan dos candidatos de los cuales sale nombrado ordinariamente el de más edad. El 9 de noviembre siguiente toma posesión de su destino, y aunque es elegido por los ciudadanos, es necesario, para ser válido, que su nombramiento sea aprobado por el rey. La ceremonia de la instalación que se termina con una fiesta en el Ayuntamiento, es una de las principales que hay en Londres. A ella asisten los príncipes de la casa real, los altos funcionarios del Estado, los representantes de las primeras familias de Inglaterra, y más de mil personas de distinción. Se cree generalmente que los títulos de muy honorable y de señor que tiene el lord-corregidor de Londres, le fueron concedidos por Eduardo III, en el último año de su reinado, cuando hizo pagar a todos los habitantes una contribución en proporción a la categoría y los medios de subsistencia de cada uno: al menos en aquella época fue cuando el magistrado principal de la ciudad de Londres se principió a llamar *right honorable the lord-mayor* (muy honorable lord-corregidor).

LA AMÉRICA.

La América ó el Nuevo Mundo, es la mayor de las cinco partes del mundo. Estiéndese de los 56° 58' Sur, hacia los 70° de latitud Norte. Divídese la América en dos grandes penínsulas que se juntan hacia los 8° de latitud Norte por el istmo de Panamá (ó de Darien), llamándose la una América setentrional, y la otra América meridional. La América presenta en todas partes el aspecto sublime de una grandeza y de una magestad que le son particulares, y no solamente es notable por su vasta extensión, sino también por su ventajosa posición, que se estiende igualmente de los dos lados del ecuador, y comprende en su superficie todos los climas y todas las producciones necesarias a la subsistencia y al agrado del hombre. Sus ríos, lagos, montes, llanuras y bosques, son los más considerables del mundo. Dos grandes mares bañan sus costas; el Océano Atlántico que la separa de la Europa y del Africa, y el Océano Pacífico ó grande Océano, que la separa del Africa y de la Oceanía. La América setentrional que probablemente linda al Norte con el mar Polar, contiene al Norte-oeste las posesiones rusas, incluidas las Alentianas y el estrecho de Bering; al Nor-noroeste y Nor-este las posesiones inglesas, que se estienden del Mackenzie al mar Baffin, y comprenden Cuadre y Vancouver, Nueva Bretaña, Canadá, Labrador, Nuevo Brunswick, Nueva Escocia, Terranova; al Este y centro los Estados Unidos, y al Oeste y Sur-suroeste la república mejicana, y las numerosas islas que dependen de ella. Población unos 22.000,000 de habitantes. La América meridional, Colombia, el Perú, el Brasil, las Guayanas, el Tucumán, Paraguay, Buenos Aires, Chile y la Patagonia, sin contar innumerables tierras todavía desconocidas. Los montes de este vasto continente son los Andes (ó Cordilleras), que se prolongan del Sur al Norte, apoyándose al Oeste de la parte meridional, que pasando por el istmo de Panamá atraviesa la república mejicana, y se dirige en la parte setentrional al Este y al Oeste. En estas montañas existen los mayores lagos de la tierra, y son, en la parte más setentrional el del *Esclavo*, un poco más arriba el de *Winipeg*, los *Superior*, *Huron*, *Michigan*, *Erie*, *Ontario*, etc.; y en la

parte meridional, el *Maracaibo*, que por el estrecho del mismo nombre comunica con el mar de las Antillas, el *Chucuito* al extremo meridional del Perú, y el *Jarajes* que en la estación lluviosa adquiere hasta 300 leguas de circunferencia. Los ríos que nacen en aquellas montañas no llevan un carácter menos imponente, siendo los principales al Norte el Misisipi, el San Lorenzo, el Missouri y el Colombia, y al Mediodía el Orinoco, el Marañón ó de las Amazonas, y el Río de la Plata. Estos inmensos ríos, y las numerosas islas y bahías que rodean la América, hacen de ella la parte más favorable del globo para el comercio y para la navegación. El clima, que varía en proporción de la elevación del suelo y de la latitud, en general es propicio al cultivo de casi todas las plantas de la Europa, y a más una multitud de otras que le son particulares; distinguiéndose entre estas, el cacao, la canela, la pimienta, la vainilla, la zarzaparrilla, la cochinilla, y una gran variación de bálsamos, gomas, resinas y perfumes. Casi todos los cuadrúpedos del mundo antiguo, excepto el elefante, se encuentran en la América, y el condor que es la mayor de todas las aves. Hay allí también una cantidad innumerable de serpientes, insectos y pescados desconocidos en nuestro continente, y la abundancia de sus minas de oro, plata, cobre, diamantes y de toda suerte de piedras preciosas, es bastante conocida, no menos que el producto de la pesca de perlas. En los Andes y en los montes Pedregosos hay muchos volcanes. La América parece que fue conocida de los antiguos, mas habiéndose interrumpido la comunicación del Atlántico, llegó a quedar olvidada hasta que fue descubierta en 1492 por Cristóbal Colón, que, buscando un paso al Oeste para ir a las Indias orientales, reprodujo su memoria, y tocó en San Salvador, que es una de las islas de Bahama; en otro viaje descubrió varias islas, a las cuales dió el nombre de Indias occidentales, creyendo que pertenecían a las Indias; y por último, en 1498 reconoció el continente, al cual poco después Américo Vespucio, que fue el primero que recorrió las costas, le dió el nombre de América, y publicó en Europa la relación de su viaje. Valúase la población del continente americano en 80.000,000 de habitantes.

CANTARES.

Los cantares de mi tierra
Dicen verdades muy gordas,
Que se cantan en voz alta
Para que todos las oigan.

Yo tengo una lima sorda
Que me lima el corazón:
Suspirando me anochece,
Llorando me sale el sol.

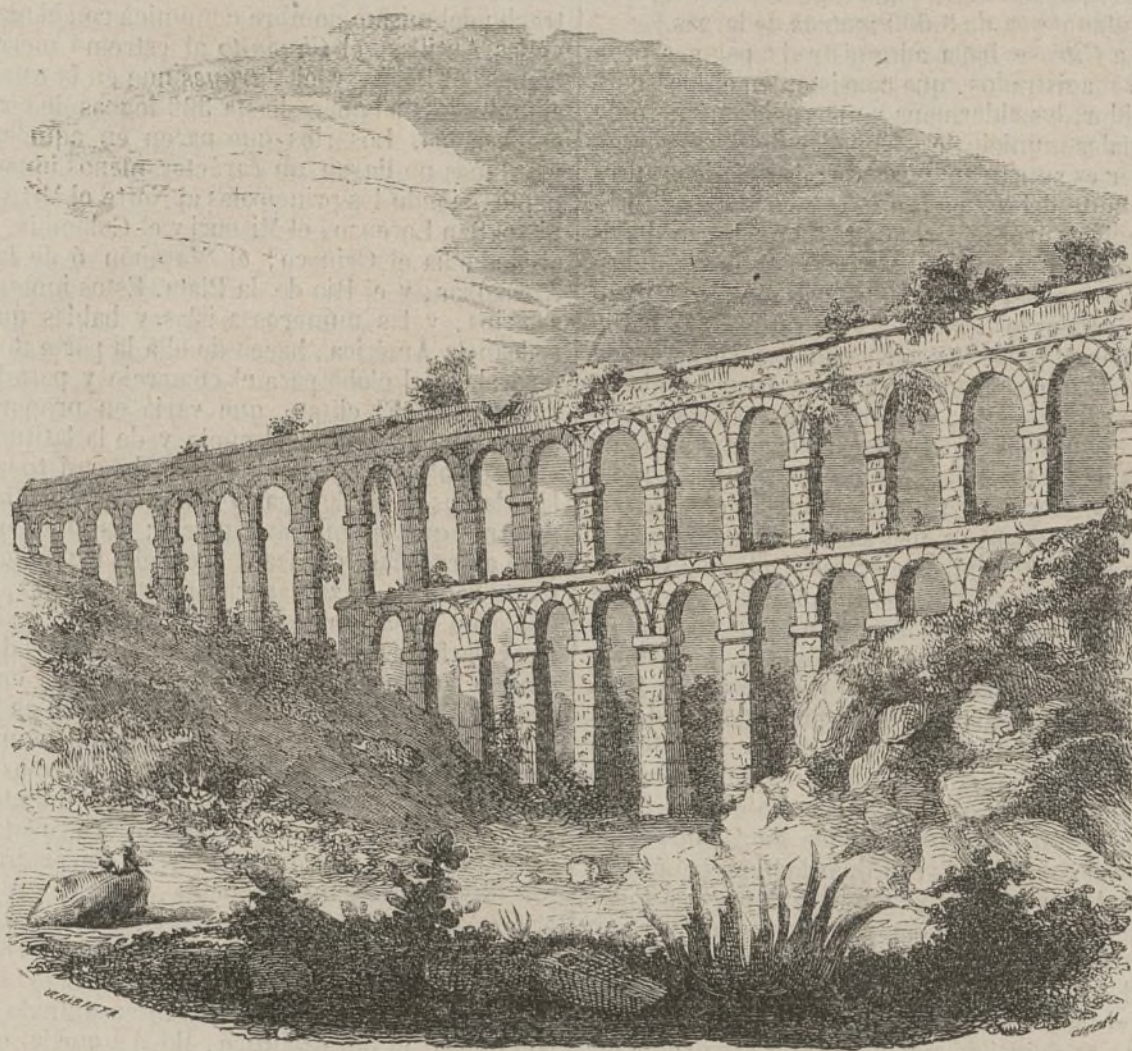
Porque te ví desde lejos
Por eso te quiero tanto;
Haces bien en no acercarte:
De cerca pierde lo falso.

Unos se pierden por mucho
Y otros se pierden por nada,
Que al fin y al cabo los hombres
Juegan siempre y nunca ganan.

AUGUSTO FEBRAN.

EL ACUEDUCTO DE TARRAGONA.

Entre las numerosas antigüedades romanas que llaman la atención en Tarragona tanto al viajero como al arqueólogo, ocupa principal lugar el acueducto, respetable monumento de aquellos remotos tiempos en que la península española acataba el poderío de la soberbia Roma. Residencia Tarragona de los gobernadores de la España exterior, considerada como colonia romana, no se equivocará quien su-



El acueducto de Tarragona.

ponga que se hallaba embellecida con toda clase de edificios públicos y particulares, que servían de ornato á la poblacion, á la vez que daban honra á las instituciones civiles y consideracion al imperio. Aun hoy, por lo mucho que resta, ciertamente derribado y derruido, se comprende el esplendor de la antigua Tarragona, el lujo arquitectónico de sus edificios, la riqueza de su gobierno municipal y de sus ciudadanos. El capitolio, el foro, el palacio de Augusto, el circo, el anfiteatro, los baños, todo mas ó menos bien conservado, con mas ó menos restos, demuestra lo que fue tan interesante ciudad bajo el imperio romano. Aquí nos ocuparemos solo del acueducto, llamado por el pueblo *pueblo del diablo*.

Este acueducto se eleva al Norte de la poblacion á una hora escasa de la misma, junto á la carretera de Valls, y está formado por dos líneas de arcos unos encima de otros. Los superiores, en número de veinte y cinco, conducían el agua de una parte á otra de las montañas, sostenidos por otros once que forman el cuerpo inferior, todos de dimensiones iguales, y como es de suponer á causa de la vertiente de las montañas los pilares de los arcos laterales van disminuyendo gradualmente hasta quedar algunos arcos sin ellos en sus estremidades. Su total elevacion desde el punto mas hondo ó bajo del terreno es de 83 $\frac{1}{2}$ pies; los pilares inferiores tienen de ancho en su base 12 pies, rematando en espora de 6 pies de frente, corriendo encima las impostas de segundo orden. La luz del arco de pilar á pilar es de 22 $\frac{1}{2}$ pies, y la longitud total de la obra de 876 pies. Está construido todo el acueducto con grandes sillares almohadillados, hallándose perfectamente conservado á pesar del trascurso y de las intemperies del tiempo, estando unidas y afianzadas las piedras sin betun ni argamasa alguna, solo por su mismo peso. Desde el acueducto el agua continuaba por una galería abo-

vedada, y luego se repartía por varios conductos para entrar y repartirse por la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA.

Bajo el título de *Anuario* se publican en todos los países los mas importantes descubrimientos del día, los problemas mas curiosos de las ciencias, y en fin, todos aquellos teoremas y principios científicos, cuyo conocimiento importa á los hombres todos, y que los dedicados al estudio de las ciencias no deben jamás tener olvidados: si de esto que decimos se quiere una prueba, no hay mas que recordar el nombre de *Arago*, que por medio de sus interesantísimos anuarios ha sabido difundir los mas bellos principios de la ciencia á cuyo estudio y progresos dedicó toda su vida, la astronomía: si á la medicina nos dirigimos, tambien encontraremos al célebre *Bouchardat*, profesor de la facultad de París, que lleva publicados veintinueve anuarios de terapéutica, materia médica, farmacia y toxicología, y en ellos ha dejado consignado lo mas interesante de cada uno de estos ramos del arte de curar; y si de la Francia pasamos á otros países, podremos igualmente demostrar la verdad de lo que llevamos dicho: así es, que consagrando el señor Alvarez de Araujo y Cuellar el poco tiempo de que dispone al estudio y propagacion de la Homeopatía, ha juzgado que podría publicar anualmente un tomo que, bajo el título de *Anuario de medicina homeopática*, encierre cuanto sea de utilidad al práctico y al teórico, al médico como al aficionado al estudio de la Homeopatía, y aun á aquellas otras personas que sin creencias homeopáticas son amigas de saber y no desdeñan el conocimiento de todo lo bello, de todo lo útil, y bajo este último punto de vista, nada mas admirable, nada mas útil que el conocimiento de la obra del inmor-

tal sajón Samuel Hahnemann, hombre tan grande que apenas se le concibe: ¡ochenta años de los de su vida los consagró al estudio! y cincuenta y tres al de la creacion de un nuevo sistema médico, muy conocido; este hombre, que desde muy corta edad poseia con suma perfeccion, además del alemán, su idioma nativo, el latín, el griego, el francés, el italiano, el inglés, y que en el curso de su brillante carrera publicó sesenta obras originales, algunas sumamente importantes y compuestas de varios volúmenes, á las que hay que añadir la traduccion al alemán de mas de veinte obras francesas, inglesas ó italianas, y la publicacion de un gran número de artículos insertos en varios periódicos, este hombre eminentísimo es tratado por aquellos que no conocen de todas sus obras mas que la creacion de los glóbulos, de mentecato, de visionario, de loco, de impostor: bien es verdad que como es posible que estos tales, que apenas conocen una rutina ciega de su mal llamada ciencia, aprendida de mal modo y mala manera, sean capaces de juzgar á un hombre colocado, respecto á ellos, á una altura tal, que no solo no le distinguen, sino que ni aun pueden concebirle; en cambio de los que así piensan existen hombres doctos, que á pesar de sus años, de su posicion y de su bien sentada reputacion, han tenido á mucha honra el descender de sus altos puestos al de discipulos de Hahnemann, y de ello, no solo no se han arrepentido, sino que se han gloriado con justo motivo, porque han aprendido lo que aun no sabian, á curar bien y pronto.

Emprende hoy el señor Alvarez de Araujo una publicacion de que no es posible fijar cuál será el papel que llegará á desempeñar en el vastísimo campo de la propagacion y enseñanza de la Homeopatía, reasumiendo en aforismos la doctrina de Hahnemann, refutando las objeciones vulgares que se la dirigen, demostrando físicamente la accion de los medicamentos homeopáticos, fijando el valor característico de los síntomas, y finalmente, esponiendo sencilla y claramente los principales efectos patogenésicos de cuarenta y cinco medicamentos que por vez primera figuran en los libros que de esta ciencia se han publicado en Europa.

El *Anuario de medicina homeopática* contiene: 1.º Prólogo del autor. 2.º Fechas que recuerdan sucesos importantes en la vida y trabajos científicos de Hahnemann. 3.º Higiene urbana de Madrid. 4.º La vida del campo, comparada con la de las grandes poblaciones, bajo el punto de vista higiénico. 5.º Longevidad humana. 6.º Apuntes para la historia de la Homeopatía en España. 7.º Algunas noticias sobre el estado de la Homeopatía fuera de España. 8.º Exposicion aforística de la doctrina médica de Hahnemann. 9.º Objeciones que vulgarmente se hacen á la Homeopatía, y su refutacion. 10. El por qué de la accion de los medicamentos homeopáticos, y el cómo físicamente se demuestran. 11. Algunas consideraciones sobre el valor característico de los síntomas, por Boenninghaussen. 12. Manual de materia médica, ó sea resumen de los principales efectos patogénicos de 45 medicamentos (nuevos) con las indicaciones clínicas. Se halla de venta al precio de 16 reales en las librerías de los señores Bailly-Baillière, plaza del Príncipe don Alfonso (antes de Santa Ana) número 16; Lopez, calle del Cármen, número 29, y en las farmacias homeopáticas de los señores Carrion, calle de la Abada, número 4; y Somolinos, calle de las Infantas, número 26, donde se hallarán los medicamentos contenidos en el *Anuario*.

Por todo lo no firmado J. GASPÁR.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.